



Red Mundial de Oración del Papa

DESPIERTA

«Cuántas preguntas surgen en este lugar. ¿Dónde estaba Dios en estos días? ¿Por qué hizo silencio? ¿Cómo puede tolerar este exceso de destrucción, este triunfo del mal? »

*Papa Benedicto XVI
en Auschwitz-Birkenau*

Índice

EDITORIAL.....	3
INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, MAYO 2024 “POR LA FORMACIÓN DE RELIGIOSAS, RELIGIOSOS Y SEMINARISTAS”	5
EL SILENCIO DE DIOS Y LA MUERTE DE LOS INOCENTES, <i>Leonardo Boff</i>	9
¿QUÉ SENTIDO TIENE EL DOLOR HUMANO?, <i>P. Fco. Javier Dupla s.j.</i>	13
RAZONES PARA ESTAR PREOCUPADOS, <i>Michael Ignatieff</i>	16
FACTORES DE LA CRISIS SISTEMÁTICA: EROSIÓN DE LA ÉTICA, <i>Leonardo Boff</i>	22
VICIOS Y VIRTUDES: LA FORTALEZA, <i>Papa Francisco</i>	28
VICIOS Y VIRTUDES: LA JUSTICIA, <i>Papa Francisco</i>	32
REFLEXIÓN / CONTACTOS.....	36

ÁLVARO LACASTA S.J.

*Director Nacional de la Red Mundial
de la Oración del Papa. VENEZUELA*



Editorial

¡Más vale tarde que nunca! Disculpen el retraso involuntario, pero a mayo corresponde lo que es de mayo.

El silencio de Dios y la muerte de los inocentes: Dios ¿por qué te callas? es el primer tema del Boletín. Job tenía razón al reconocer que “Dios es demasiado grande para que podamos conocerlo” (Job 36,26). Él puede ser y hacer aquello que no entendemos, pues somos limitados. No obstante, tercamente Job profesa su fe, diciendo a Dios “Aunque me mates, aun así, creo en ti”, (Job 15,13). Despierta, ven a liberar a aquellos que creaste en el amor.

Uno de los problemas más agudos de todo el género humano es el dolor.

Fco. Javier enfrenta el tema con gran competencia y claridad.

Como cristianos y creyentes podemos preguntarnos: ¿por qué Dios permite el dolor humano? Lea el contenido del artículo, de Duplá. Sólo la fe en un Dios que sufre con

nosotros puede atenuar el dolor. No son pocos hoy día los que no aceptan el sufrimiento porque quieren vivir una vida de pleno placer.

Leonardo Boff aporta con una excelente colaboración el tema de la erosión de la “ética”. De seguir por este camino se nos presenta por delante un abismo aterrador. La Tierra viva tal vez no nos quiere más sobre su superficie porque somos demasiados violentos y destructivos. ¿Cuál será el rumbo? Estimo que no sabios ni científicos ni maestros espirituales sabrían indicar la dirección. La humanidad, unida ahora por el miedo y por el pavor, más que por amor al futuro, percibirá que puede haber llegado al final del camino andado.

Quiero sintetizar estas profundas inspiraciones y sueños que nos consolidan el nuevo camino: Recordamos estas palabras de Einsten: **la idea que creó la crisis actual no puede ser la misma que vaya a sacarnos de ella.**

La violencia y las guerras implican la asfixia de la espiritualidad intrínseca a vuestra esencia. No por eso desesperamos. El universo guarda sorpresas y el ser humano es un proyecto infinito, capaz de crear soluciones para los errores que el mismo cometió.



INTENCIONES DE ORACIONES
DEL SANTO PADRE CONFIADAS A
LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN

**por la formación
de religiosas, religiosos
y seminaristas**

“Oremos para que las religiosas, los religiosos y los seminaristas crezcan en su camino vocacional a través de una formación humana, pastoral, espiritual y comunitaria, que les lleve a ser testigos creíbles del Evangelio”

[...] Como tuve ocasión de destacar: «Buscar superar este divorcio entre teología y pastoral, entre fe y vida, ha sido precisamente uno de los principales aportes del Concilio Vaticano II. Me animo a decir que ha revolucionado en cierta medida el estatuto de la teología, la manera de hacer y del pensar creyente». (...) Ha llegado el momento en el que los estudios eclesiásticos reciban esa renovación sabia y valiente que se requiere para una transformación misionera de una Iglesia «en salida» desde ese rico patrimonio de profundización y orientación, que ha sido confrontado y enriquecido —por así decir— «sobre el terreno» del esfuerzo perseverante de la mediación cultural y social del Evangelio, que ha sido realizada a su vez por el Pueblo

de Dios en los distintos continentes y en diálogo con las diversas culturas.

En efecto, la tarea urgente en nuestro tiempo consiste en que todo el Pueblo de Dios se prepare a emprender «con espíritu» una nueva etapa de la evangelización. Esto requiere «un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma». Y, dentro de ese proceso, la renovación adecuada del sistema de los estudios eclesiásticos está llamada a jugar un papel estratégico. De hecho, estos estudios no deben sólo ofrecer lugares e itinerarios para la formación cualificada de los presbíteros, de las personas consagradas y de laicos comprometidos, sino que constituyen una especie de laboratorio cultural providencial, en el que la Iglesia se ejercita en la interpretación de la performance de la realidad que brota del acontecimiento de Jesucristo y que se alimenta de los dones de Sabiduría y de Ciencia, con los que el Espíritu Santo enriquece en diversas formas a todo el Pueblo de Dios: desde el *sensus fidei fidelium* hasta el magisterio de los Pastores, desde el carisma de los profetas hasta el de los doctores y teólogos. Y esto tiene un valor indispensable para una Iglesia «en salida», puesto que hoy no vivimos sólo una época de cambios sino un verdadero cambio de época, que está marcado por una «crisis antropológica» y «socioambiental» de ámbito global, en la que encontramos cada día más «síntomas de un punto de quiebre, a causa de la gran velocidad de los cambios y de la degradación, que se manifiestan tanto en catástrofes naturales regionales como

en crisis sociales o incluso financieras». Se trata, en definitiva, de «cambiar el modelo de desarrollo global» y «redefinir el progreso»: «El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos».

Esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación académica y de la investigación científica, el compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún —me atrevo a decir— hacia «una valiente revolución cultural». En este empeño, la red mundial de las Universidades y Facultades eclesiásticas está llamada a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas.

Papa Francisco



COMENTARIO PASTORAL

La formación humana, pastoral, espiritual y comunitaria de sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas, catequistas y laicos comprometidos es fundamental para el futuro de la Iglesia. Una formación huma-

na que les lleve a comprender y querer lo que significa ser hombre o mujer en los tiempos actuales, y por tanto a conocerse mejor a sí mismos y agradecer los dones que el Señor les ha regalado. Una formación pas-

toral que les ayude a predicar el evangelio a los niños, a los jóvenes, a los adultos, a los que desconocen el evangelio, a los indiferentes y a los que pasan por momentos dolorosos en sus vidas. Una formación espiritual que les haga conocer las diversas y maravillosas formas en que Dios se comunica con todos, y en corresponder a ese regalo. Una formación comunitaria que les capacite para entender y vivir lo que significa llamar a Dios Padre de todos, que les haga sentir el apoyo inmenso que reciben y a su vez pueden dar a todos los que viven cerca o lejos, que les impulse a construir comunidad.

Como dice el papa Francisco, el divorcio entre teología y pastoral, entre fe y vida fue rechazado por el Vaticano II, que animó a que los estudios teológicos no separen, sino que acerquen al Dios cercano,

amoroso, que se ha revelado a los sencillos de corazón y no a los sabios sofisticados. Vivimos un cambio de época, en el que la Iglesia juega un papel más modesto en los países de cultura occidental y por eso tiene que ser una "Iglesia en salida", lo cual quiere decir que no se apoltrone en el trono, en la cátedra, en la presidencia, sino que salga a los caminos para socorrer a los asaltados, a los ciegos y tullidos, a los paralíticos, tal como lo hizo Jesús. La crisis antropológica y socio ambiental que marca el Papa como propia de esta época, ha de encontrar hombres y mujeres de Iglesia que la enfrenten con ayuda del Espíritu que ilustra los corazones. Nos asociamos en este mes a esa legión de apóstoles con nuestras oraciones y nuestra actitud de Iglesia en salida.

P. F. Javier Duplá SJ



Vivimos globalmente en un mundo trágico, lleno de inseguridades, de amenazas y de preguntas para las cuales no tenemos respuestas que nos satisfagan. Nadie puede decirnos hacia dónde estamos yendo: ¿hacia la prolongación del modo actual de habitar la Tierra, devastándola en nombre de un mayor enriquecimiento de pocos? ¿O cambiaremos de rumbo?

En el primer caso, seguramente la Tierra no aguantará la voracidad de los consumistas (ya ahora necesitamos Tierra y media para atender el actual nivel de consumo de los países ricos) y tendremos que hacer frente a crisis y más crisis, como el Coronavirus y el calentamiento global, imparable ya (lanzamos en la atmósfera 40 mil millones de toneladas de gases de efecto invernadero al año). Es posible que no tengamos más retorno e iremos al encuentro de lo peor.

O, forzados por la situación, recuperaremos la razón sensible y sensata, pues ahora está enloquecida, definiremos un nuevo rumbo más amigable para con la naturaleza y la Tierra, más justo y participativo de todos los humanos. Trabajaremos a partir del territorio, diseñado por la naturaleza, pues él puede ser sostenible y crear una verdadera participación de todos. Entonces empezará un nuevo tipo de historia con un futuro para el sistema-vida y el sistema-Tierra.

¿Tendremos tiempo, valor y sabiduría para esta conversión ecológica? El ser humano es flexible, ha cambiado mucho y se ha adaptado a distintos climas. Además, la historia no es lineal. De repente surge lo inesperado y lo impensable (un salto hacia arriba en nuestra conciencia) que inaugurarían un nuevo rumbo para la historia.

Mientras esperamos, sufrimos por los males que están ocurriendo en la Tierra: hay 17 lugares en guerra. El Papa Francisco ha dicho muchas veces que estamos ya en una tercera guerra mundial por partes. No es imposible que irrumpa un conflicto nuclear total y lleve a la pérdida de toda la humanidad.

En este contexto nos ponemos en el lugar de Job y clamamos a Dios en medio de tantas muertes de inocentes, de genocidios y de guerras altamente letales.

“Dios, ¿dónde estabas en aquellos momentos aterradores en que la furia genocida de Netanyahu mató a 13 mil niños inocentes y a más de 80 mil personas y madres en la Franja de Gaza? ¿Por qué no interviniste, si podías

hacerlo? Más de 500 mil casas, hospitales, escuelas, universidades, mezquitas e iglesias fueron arrasadas. ¿Por qué no detuviste ese brazo asesino? Tu querido hijo Jesús sació a cerca de cinco mil personas con hambre. ¿Por qué permites que cientos y cientos de personas mueran de sed y de hambre?

¿Dónde está tu piedad? ¿Estas víctimas no son también tus hijas e hijos especialmente queridos porque representan a tu Hijo crucificado?”

Recuerdo con dolor las palabras del Papa Benedicto XVI cuando visitó el campo de exterminio de judíos en Auschwitz-Birkenau:

“Cuántas preguntas surgen en este lugar. ¿Dónde estaba Dios en esos días? ¿Por qué hizo silencio? ¿Cómo puede tolerar este exceso de destrucción, este triunfo del mal?”

Job tenía razón al reconocer que “Dios es demasiado grande para que podamos conocerlo” (Job 36,26). Él puede ser y hacer aquello que no entendemos, pues somos limitados. No obstante, tercamente Job profesa su fe, diciendo a Dios. “Aunque me mates, aun así, creo en ti” (Job 15,13). Es inolvidable el testimonio de un judío antes de ser exterminado en el Gueto de Varsovia en 1943. Dejó escrito en un papelito que puso dentro de una botella: “Creo en el Dios de Israel, aunque haya hecho todo para que no crea en Él. Escondió su rostro... Si un día alguien encuentra este papelito y lo lee tal vez va a entender el sentimiento de un judío que murió abandonado por Dios, ese Dios en quien sigo creyendo firmemente”.

No pretendemos ser jueces de Dios. Pero podemos como el Hijo del Hombre en el Monte de los Olivos y en lo alto de la cruz, Jesús, casi desesperado, clamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Marcos 15,34)

Nuestros lamentos no son blasfemias, sino un grito doloroso e insistente a Dios: “¡Despierta! No toleres más el sufrimiento, la desesperación y el genocidio de inocentes. Despierta, ven a liberar a aquellos que creaste en amor. Despierta y ven, Señor, para salvarlos.

En medio de esta profunda tristeza, nuestra esperanza prevalece, porque por la resurrección de un hermano nuestro, Jesús de Nazaret, se anticipó nuestro fin bueno. Eso es lo que nos da sentido y no nos permite desesperar ante la dramática situación de la humanidad y de la Tierra.

Leonardo Boff

ha escrito: *Jesucristo Liberador*, Dabar/Trotta 2022;
Nuestra resurrección en la muerte, Dabar/Trotta 2012





Es una pregunta fuerte, que siempre ha estado presente en la mente de todos los seres humanos. Dolor físico causado por las enfermedades y la violencia, dolor anímico causado por la maldad humana en forma de traición, desprecio, calumnia, indiferencia ante el sufrimiento de los demás, incomprensión, secuestro, abuso del poder... o por la pérdida de un ser muy querido. Ahora que estamos viendo tantas madres y niños muriendo en Palestina por bombardeos sin sentido, se nos agudiza la pregunta: ¿por qué tanto dolor?

Los creyentes pueden preguntarse: ¿por qué Dios permite el dolor humano? Como dicen algunos: si lo permite y no puede evitarlo, no es omnipotente; pero si puede evitarlo y no lo hace, entonces no tiene corazón. Grave dilema, uno al que Dios responde sufriendo en su propio Hijo los tormentos más brutales que los hombres pueden inventar. Este hecho del sufrimiento de Jesús transforma totalmente el concepto que podemos tener de Dios como un ser omnipotente que hace lo que quiere, que está muy lejos del ser humano, a quien exi-

ge adoración y a quien castiga cuando no cumple los mandamientos. De este concepto equivocado de Dios vendría la comprensión del dolor como castigo: si sufrimos es porque Dios nos castiga. Otro concepto tradicional sería entender el dolor como prueba: Dios quiere que nuestro dolor nos acerque a Él, no que nos separe de Él. Ambos conceptos siguen poniendo a Dios como el causante del dolor humano, cuando somos nosotros los responsables del dolor ajeno.

Por el contrario, el dolor tiene como causante al propio ser humano, y solo puede ser atenuado o eliminado por un sentimiento espiritual que le traslada a otro plano, al plano de la fe. La fe en un Dios que nos quiere es fundamental para superar el dolor, incluso el que nos causan sin motivo otros seres humanos. Solo la fe en un Dios que sufre con nosotros puede atenuar ese

Solo la fe en un Dios que sufre con nosotros puede atenuar ese dolor

dolor. En efecto, cuando no consolamos el dolor ajeno, cuando no sufrimos cuando otros sufren y les ayu-

damos a salir de él, estamos alejándonos de Jesús, que sufre en ellos. Lo dijo muy claro en su vida terrena en la parábola del juicio final (Mt. 25): dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al emigrante, etc., es hacérselo a él y así dar respuesta cristiana a tanto dolor.

Muchos de los jóvenes de hoy no conciben el sufrimiento, quiere vivir una vida de puro placer. Por eso, cuando no lo logran, se acaba el sentido de la vida para ellos y, como consecuencia, ha aumentado el número de suicidios de gente joven de una manera alarmante.

¿Cómo es posible que existan personas que hagan sufrir a los demás? No merecen llamarse personas, pero tampoco animales, porque los animales matan por instinto y no tienen sentimientos. El ser humano sin sentimientos se acerca peligrosamente al demonio, que goza cuando hace sufrir. Un examen de conciencia a fondo nos mostrará si hacemos sufrir a otros. Es tiempo de un cambio de rumbo: de hacer el mal a practicar el bien.

Fco. Javier Duplá SJ



RAZONES PARA ESTAR PREOCUPADOS



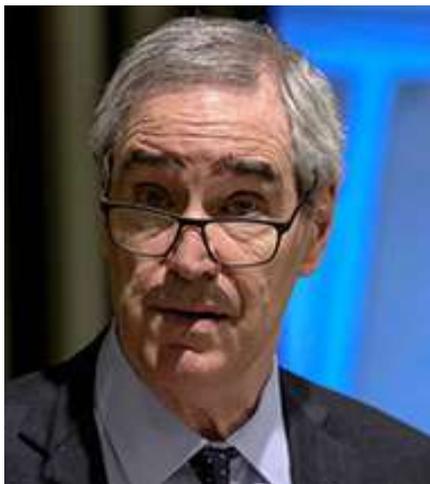
El orden que dábamos por sentado, inscrito en el derecho internacional, ratificado por Naciones Unidas (ONU) y mantenido por el equilibrio del terror nuclear entre las grandes potencias, se está derrumbando.

Michael Ignatieff, profesor de Historia en la Universidad Central Europea de Viena y presidente del consejo asesor del Instituto para la Ética en la Inteligencia Artificial de la Universidad de Oxford:

Ucrania lucha por resistir. Navalni ha muerto. La matanza en Gaza continúa sin fin. Los hutíes bombardean buques en el Mar Rojo. Los norcoreanos lanzan misiles al mar de China Meridional. Desde la seguridad de Europa Occidental, miremos donde miremos, las noticias son aterradoras. En tiempos normales, el pesimismo es una moda intelectual. En tiempos como estos, es realismo. El orden que dábamos por sentado, inscrito en el derecho in-

ternacional, ratificado por Naciones Unidas (ONU) y mantenido por el equilibrio del terror nuclear entre las grandes potencias, se está derrumbando.

El orden que queda ahora depende de unos Estados Unidos divididos y al límite de sus capacidades. Las fábricas de municiones estadounidenses proporcionan los proyectiles que mantienen a raya a los rusos. Su Armada patrulla el Mar Rojo y repele los ataques de los hutíes. Las tropas estadounidenses en Corea del Sur disuaden a los norcoreanos de cruzar la línea de demarcación. Las patrullas navales y aéreas estadounidenses advierten a los chinos de que no aplasten al Taiwán democrático. Estados Unidos también garantiza la seguridad de Israel, a un coste cada vez mayor. Sus portaaviones en el Mediterráneo mantienen a Hizbolá apartado del combate, y sus vetos en la ONU protegen a Israel de las sanciones y le permiten continuar su despiadada campaña en Gaza.



Muchos jóvenes europeos se sienten airados por la complicidad estadounidense en la catástrofe de Gaza, pero el poder estadounidense hizo posible la vida de la que siguen disfrutando los manifestantes. El paraguas nuclear estadounidense y el Plan Marshall dieron a las de-

mocracias renacidas de Europa Occidental margen fiscal para que pudieran invertir en su modelo social normalmente generoso. Los electorados europeos votaron a favor de unos bienes públicos y una protección social envidiables porque no tenían que pagar por su defensa. Cuando países europeos como España hicieron la transición a la democracia, tuvieron libertad para gastar en carreteras, hospitales y escuelas, sabiendo que Estados Unidos cubriría su defensa.

Durante 80 años, los presidentes estadounidenses aceptaron este pacto porque les convenía. Ahora el consenso a ambos lados de la línea divisoria política se está resquebrajando. Trump y una gran parte de su partido creen que la alianza de la OTAN es un negocio de extorsión a cambio de protección. Si no paga, no hay obligación de protegerla. Solo los países de la OTAN próximos a la frontera rusa han abonado su 2%. El resto espera, con la esperanza de que Trump pierda.

Un optimista recordaría el comentario de Churchill de que Estados Unidos siempre hace lo correcto una vez que ha agotado todas las alternativas. Sigue habiendo republicanos que creen en la alianza europea, pero es posible que hayamos llegado al momento en el que el océano Atlántico se ensancha de golpe hasta convertirse en un abismo, separando dos culturas, dos realidades y dos estimaciones del riesgo. Un optimista respondería que las industrias europeas de defensa están reactivando sus fábricas de armamento e invirtiendo en nuevas tecnologías

de defensa. Los políticos europeos se están armando de valor para convencer a los votantes de que una cuota del 2% de su PIB es lo mínimo que deben invertir, si, por primera vez desde 1945, Europa no puede contar con los estadounidenses para que la protejan.

Un pesimista contestaría: ya es tarde. Un optimista irónico replicaría: sí, es tarde, pero nada concentra tanto la mente como la perspectiva de una ejecución inminente. El problema más profundo de Europa, insistiría un pesimista, es que tanto Estados Unidos como el continente europeo se enfrentan ahora a una alianza que un día podría tratar de derrocar el orden mundial del que todos hemos dependido. Se está formando un «eje de resistencia», aliado de manera vaga y coordinado de forma imperfecta, pero unido en su hostilidad al poder estadounidense, a la libertad europea y a lo que solíamos llamar «el orden internacional basado en normas».

El pivote del eje es la alianza entre Rusia y China. Los chinos suministran a los rusos circuitos avanzados para sus sistemas de armamento y Putin les envía petróleo barato. Juntos han impuesto un régimen autocrático en la mayor parte de Eurasia, desde Vladivostok hasta la frontera polaca. Si los exhaustos defensores de Ucrania se ven obligados a conceder a Rusia la soberanía sobre Crimea y Donbás, la alianza euroasiática de dictadores habrá conseguido cambiar por la fuerza una frontera terrestre europea. Si lo logran, supondrá una amenaza para todos los Estados situados en el perímetro de Eurasia: Taiwán, los

Estados bálticos, incluso Polonia. Ambos regímenes dictatoriales utilizarán sus vetos en el Consejo de Seguridad de la ONU para ratificar la conquista y tirar la Carta de Naciones Unidas a la basura.

Esta alianza de dictadores trabaja en tándem con un grupo de renegados que violan los derechos, encabezados por Irán y Corea del Norte. Los iraníes fabrican los drones que aterrorizan a los ucranianos en sus trincheras. Los apoderados de Irán –Hamás, Hezbolá y los hutíes– ayudan a Rusia y a China maniatando a Estados Unidos e Israel. Los norcoreanos proporcionan a Putin sus proyectiles de artillería, al tiempo que traman invadir el resto de la península.

En lugar de alinearse con las democracias asediadas del Norte global, las democracias en ciernes del Sur global –Brasil, India y Sudáfrica– se niegan a sentirse avergonzadas de su vinculación con regímenes que dependen de la represión masiva, el acantonamiento de poblaciones enteras –los uigures– y, después del asesinato de Navalni, el asesinato descarado.

Por el momento, el eje solamente está unido por aquello a lo que se opone –lapotencia estadounidense– y dividido por sus intereses primordiales. Los chinos no pueden estar muy contentos de que los hutíes bloqueen el tráfico en el Mar Rojo. La segunda economía más poderosa del mundo no comparte intereses con un empobrecido Ejército de resistencia musulmán ni con un Irán teocrático, y tanto Rusia como China siguen beneficiándose de un

vínculo parasitario con la economía mundial que Estados Unidos todavía domina.

Por el momento, la diplomacia y la disuasión estadounidenses mantienen al eje dividido, pero si China y Rusia decidieran lanzar un desafío abierto al orden estadounidense –por ejemplo, una ofensiva coordinada contra Ucrania y Taiwán en el mismo momento–, incluso Estados Unidos tendría dificultades para enviar a toda prisa armas y tecnología a la zona de conflicto. Todas las partes pagarían un precio terrible por una batalla en dos frentes, pero Rusia ha demostrado cuánto está dispuesta a pagar por desafiar la supremacía estadounidense, y es posible que tanto China como Rusia crean que ha llegado su momento. De ser así, tenemos buenas razones para estar preocupados. Si un pesimista es alguien que imagina lo peor con el objeto de evitarlo, todos deberíamos ser pesimistas.





FACTORES DE LA CRISIS SISTÉMICA: EROSIÓN DE LA ÉTICA

Seguramente existe un cúmulo de causas que subyacen a la actual crisis sistémica. Ella se ha apoderado de todo el planeta y nos ha puesto en una encrucijada: o seguimos el camino inaugurado por la modernidad a partir de los siglos XVII/XVIII con la llegada del espíritu científico que modificó la faz de la Tierra y nos ha traído incontables beneficios para la vida. Pero al mismo tiempo ésta se ha dado a sí misma los medios para su autodestrucción. Vamos más allá: la forma como hemos decidido habitar el planeta y organizar nuestras sociedades (el capitalismo) con costos altísimos para los ecosistemas y para las relaciones sociales, brutalmente desiguales, nos han llevado a tocar los límites de la Tierra. De seguir por ese camino se nos presenta por delante un abismo aterrador. La Tierra viva tal vez no nos quiera más sobre su superficie porque

somos demasiado violentos y destructivos. Podemos sucumbir por el antropoceno, por el necroceno, por el virusceno y finalmente por el piroceno, ocasionados por nosotros mismos y también por la reacción de la propia Tierra viva, herida y vitalmente debilitada, que reacciona de esta forma.

O si no, en un momento de aguda conciencia ante la posible desaparición de la especie, el ser humano da un salto cuántico en su nivel de conciencia, cae en sí, se da cuenta de que puede realmente llegar al fin de su aventura planetaria y cambia forzosamente y define un nuevo rumbo.

Ciertamente esto no se hará sin una crisis fenomenal que se puede llevar porciones significativas de la humanidad, comenzando por los más vulnerables, pero sin exceptuar a los más pertrechados. Así ocurrió en tiempos prehistóricos del planeta, en los que hasta el 70% de la carga biótica desapareció definitivamente.

¿Cuál será el rumbo? Estimo que ni sabios, ni científicos ni maestros espirituales sabrían indicar la dirección. La humanidad, unida ahora por el miedo y por el pavor, más que por el amor al futuro, percibirá que puede haber llegado al fin del camino andado. Mirará alrededor y descubrirá una senda a ser recorrida y construida por el andar de todos. *“Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”* nos enseñó un poeta español desesperado, huido de la persecución franquista. Desde dentro de nuestra esencia humana tendremos que sacar las inspi-

raciones y sueños que nos consoliden el nuevo camino. Viene a propósito esta frase de Einstein: *la idea que creó la crisis actual no puede ser la misma que vaya a sacarnos de ella*. Tenemos que soñar, crear, proyectar utopías viables y abrir caminos nuevos. Las ciencias de la vida nos confirmaron que somos seres de amor, de solidaridad, de cuidado, a pesar de que siempre nos acompaña una sombra, y debemos ponerla bajo vigilancia.

la idea que creó la crisis actual no puede ser la misma que vaya a sacarnos de ella

Pero antes preguntémosnos: ¿por qué hemos llegado a este punto crítico global? Aquí más que un saber científico nos ayuda el pensamiento filosofante.

Considero, entre otros, dos factores fundamentales: la erosión de la ética y la asfixia de la espiritualidad.

Recuperemos el sentido clásico del Ethos de los griegos pues nos iluminan todavía hoy. Ethos con mayúscula significa *la casa humana*, es decir, una parte de la naturaleza que separamos y la trabajamos de manera que sea el espacio donde vivir bien. La otra forma es el ethos con minúscula que son las formas de organizar la casa para que nos sintamos bien en ella y podamos dar hospitalidad a quien nos visita: adornar la sala, colocar correctamente las mesas, cuidar la cocina, alimentar el fuego siempre encendido, mantener la despensa abastecida y los cuartos decentemente arreglados. Son las virtudes éticas que dan concreción al Ethos. Pero no sólo, pertenece al Ethos

cuidar el entorno de la casa, los vecinos, el jardín, las estatuas de las divinidades. Solo así el Ethos (vivir bien) adquiere forma concreta (ethos).

Hoy el Ethos es la Casa Común, el planeta Tierra. Durante siglos ha alimentado a la humanidad. Pero con la llegada de la ciencia y la técnica hemos explotado de forma ilimitada e irresponsable sus bienes y servicios de forma que hoy hemos sobrepasado su capacidad de soporte (*The Earth Overshoot*), la llamada Sobrecarga de la Tierra. Ella es finita y no soporta un crecimiento infinito. El Ethos (vivir bien en la casa) y el ethos, las formas de organizarla, han sido desestructurados, todo lo que es importante para vivir bien: hemos contaminado las aguas, hemos sobrecargado los alimentos con pesticidas, hemos envenenado los suelos y contaminado los aires hasta el punto de afectar al sistema de la vida natural y de la vida humana. Presenciamos la erosión general del Ethos, del ethos y de la ética. La Casa Común deja de ser común, y se han apropiado de ella élites que tienen tierras, poder, dinero y la dirección de la política mundial. Ellas se han transformado en el Satán de la Tierra.

Tan grave como la erosión del Ethos, del ethos y de la ética en general es la asfixia de la espiritualidad humana. Dejemos claro que espiritualidad no es sinónimo de religiosidad, aunque la religiosidad pueda potenciar la espiritualidad. La espiritualidad nace de otra fuente: de lo profundo del ser humano. La espiritualidad es parte esencial

del ser humano, como la corporalidad, la psique, la inteligencia, la voluntad y la afectividad.

Neurolingüistas, los nuevos biólogos y eminentes cosmólogos como Brian Swimme, Bohr y otros reconocen que la espiritualidad pertenece a la esencia humana. Somos por naturaleza seres espirituales, aunque no seamos explícitamente religiosos. Esa parte espiritual en nosotros se revela por la capacidad de solidaridad, de cooperación, de compasión, de comunión y de una apertura total al otro, a la naturaleza, al universo, en una palabra, al Infinito. La espiritualidad hace intuir al ser humano que detrás de todas las cosas hay una Energía poderosa y amorosa que sustenta todo y lo mantiene abierto a nuevas formas en el proceso de la evolución. Algunos neurólogos han identificado un fenómeno excepcional.

Siempre que se aborda existencialmente lo Sagrado, la experiencia de pertenencia a un Todo mayor, en una parte del cerebro se verifica una fuerte aceleración de las neuronas. Ellos, no los teólogos, lo llamaron el “punto Dios en el cerebro”. Igual que tenemos órganos exteriores a través de los cuales captamos la realidad circundante, tenemos un órgano interior, que es una ventaja evolutiva nuestra, para percibir a Aquel Ser que hace ser a todos los seres, esa Energía misteriosa que penetra todos los seres y los vivifica.

Esa dimensión espiritual de nuestra naturaleza ha sido sofocada por nuestra cultura que venera más al dinero que a la naturaleza, más el consumo individual que el re-

parto, que es más competitiva que cooperativa, prefiere el uso de la violencia al diálogo para resolver conflictos y ha creado la guerra nuclear y biológica como disuasión, amenaza y eventual utilización, lo que significaría el fin del sistema-vida y del sistema-humano. La violencia y las guerras implican la asfixia de la espiritualidad, intrínseca a nuestra esencia.

Actualmente el eclipse de la ética y la negación de la espiritualidad humana podrán llevarnos a situaciones dramáticas, no excluyendo trágicamente la extinción de la especie *homo*, después de algunos millones de años de ser amados y nutridos por la Magna Mater, a quien que no hemos sabido retribuirle cuidado, reverencia y amor.

No por eso desesperamos. El universo guarda sorpresas y el ser humano es un proyecto infinito, capaz de crear soluciones para los errores que él mismo cometió.

Leonardo Boff

ha escrito con Mark Hathaway, *El Tao de la Liberación: una ecología de la transformación*, en varias lenguas, Vozes 2010, que mereció en USA la medalla de oro en ciencia y nueva cosmología
Traducción por José María Gavito Milano.



PAPA FRANCISCO:



Vicios y virtudes. La fortaleza

La catequesis de hoy está dedicada a la tercera de las virtudes cardinales, o sea, *la fortaleza*. Empecemos por la descripción que hace el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La fortaleza es la virtud moral que, en las dificultades, asegura la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la decisión de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones.» (n. 1808). Esto dice el Catecismo de la Iglesia Católica sobre la virtud de la fortaleza.

He aquí, por tanto, la más “combativa” de las virtudes. La primera de las virtudes cardinales, la prudencia, se asocia sobre todo a la razón del ser humano; y la justicia reside en la voluntad; en cambio, esta tercera virtud, la fortaleza, ha sido a menudo asociada por los autores escolásticos a lo que los antiguos llamaban “apetito iras-

cible”. El pensamiento de los antiguos no imaginó un ser humano sin pasiones: sería una piedra. Y las pasiones en sí no son necesariamente el residuo de un pecado; pero deben ser educadas, deben ser dirigidas, deben ser purificadas con el agua del Bautismo, o, mejor, con el fuego del Espíritu Santo. Un cristiano sin valentía, que no doblega sus propias fuerzas al bien, que no molesta a nadie, es un cristiano inútil. ¡Pensemos en esto! Jesús no es un Dios diáfano y aséptico, que no conoce las emociones humanas. Todo lo contrario. Ante la muerte de su amigo Lázaro, rompe a llorar; y en algunas de sus expresiones resplandece su espíritu apasionado, como cuando dice: «Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12,49); y frente al comercio en el templo reaccionó con fuerza (cfr. Mt 21,12-13). Jesús tenía pasión.

Pero busquemos ahora una descripción existencial de esta virtud tan importante que nos ayuda a dar fruto en la vida. Los antiguos –tanto los filósofos griegos como los teólogos cristianos– reconocían en la virtud de la fortaleza un doble desarrollo, uno *pasivo* y otro *activo*.

El primero se dirige *hacia el interior de nosotros mismos*. Hay enemigos internos a los que tenemos que vencer, que responden al nombre de ansiedad, angustia, miedo, culpa: son todas fuerzas que se agitan en lo más íntimo de nosotros mismos y que en alguna situación nos paralizan. ¡Cuántos luchadores sucumben incluso antes de comenzar el desafío! Porque no son conscientes de estos

enemigos internos. La fortaleza es ante todo una victoria contra nosotros mismos. La mayoría de los miedos que surgen en nuestro interior son irreales, no se hacen realidad en absoluto. Mejor entonces invocar al Espíritu Santo y afrontarlo todo con paciente fortaleza: un problema detrás de otro, según nuestras posibilidades, ¡pero no solos! El Señor está con nosotros si confiamos en Él y buscamos sinceramente el bien. Entonces, en cada situación, podemos contar con la Providencia de Dios, que será nuestro escudo y nuestra armadura.

Y luego está el segundo movimiento de la virtud de la fortaleza, esta vez de naturaleza más activa. Además de las pruebas internas, *hay enemigos externos*, que son las *pruebas de la vida*, las persecuciones, las dificultades que no nos esperábamos y que nos sorprenden. En efecto, podemos intentar prever lo que nos sucederá, pero en gran medida la realidad se compone de acontecimientos im-

ponderables, y en este mar a veces nuestra barca es sacudida por las olas. La fortaleza entonces nos hace marineros que resisten, que no se asustan ni se desaniman.

La fortaleza es una virtud fundamental porque toma en serio el desafío del mal en el mundo

La fortaleza es una virtud fundamental porque *toma en serio el desafío del mal en el mundo*. Algunos fingen que no existe, que todo está bien, que la voluntad humana a veces no es ciega, que en la historia no luchan fuerzas

oscuras portadoras de muerte. Pero basta ojear un libro de historia, o, por desgracia, incluso los periódicos, para descubrir los horrores de los que somos en parte víctimas y en parte protagonistas: guerras, violencia, esclavitud, opresión de los pobres, heridas que nunca han cicatrizado y que aún sangran. La virtud de la fortaleza nos hace reaccionar y gritar “no”, un rotundo “no” a todo esto. En nuestro cómodo Occidente, que ha “aguado” un poco todo, que ha convertido el camino de la perfección en un simple desarrollo orgánico, que no necesita luchar porque todo le parece igual, sentimos a veces una sana nostalgia de los profetas. Pero las personas incómodas y visionarias son muy raras. Necesitamos que alguien nos levante del “blando lugar” en el que nos hemos acomodado y nos haga repetir con decisión nuestro “no” al mal y a todo lo que conduce a la indiferencia. “No” al mal y “no” a la indiferencia; “sí” al camino, al camino que nos hace progresar, y para ello debemos luchar.

Redescubramos, entonces, en el Evangelio la fortaleza de Jesús, y aprendámosla del testimonio de los santos y de las santas. *¡Gracias!*

Papa Francisco



PAPA FRANCISCO:



Vicios y virtudes. *La Justicia*

Llegamos hoy a la segunda de las virtudes cardinales: vamos a hablar de *la justicia*. Es la virtud social por excelencia. El *Catecismo de la Iglesia Católica* la define así: «La virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido» (n. 1807). Esta es la justicia. A menudo, cuando se nombra la justicia, se cita también el lema que la representa: “*unuique suum*”, o sea, “a cada uno lo suyo”. Es la virtud del derecho, que trata de regular las relaciones entre las personas con equidad.

Está representada alegóricamente por la balanza, porque su objetivo es “igualar las cuentas” entre los hombres, sobre todo cuando corren el riesgo de verse distorsionadas por algún desequilibrio. Su finalidad es que en

una sociedad cada uno sea tratado según su dignidad. Pero los antiguos maestros ya enseñaban que esto requiere también otras actitudes virtuosas, como la benevolencia, el respeto, la gratitud, la afabilidad, la honestidad: virtudes que contribuyen a la buena convivencia entre las personas. La justicia es una virtud para una buena convivencia entre las personas.

Todos comprendemos que la justicia es fundamental para la convivencia pacífica en la sociedad: un mundo sin leyes que respeten los derechos sería un mundo en el que es imposible vivir, se parecería a una jungla. Sin justicia no hay paz. Sin justicia no hay paz. De hecho, si no se respeta la justicia, se generan conflictos. Sin justicia, se ratifica la ley del fuerte sobre los débiles, y eso no es justo.

Pero la justicia es una virtud que actúa tanto en lo grande como en lo pequeño: no sólo concierne a las salas de los tribunales, sino también a la ética que caracteriza nuestra vida cotidiana. Establece relaciones sinceras con los demás: cumple el precepto del Evangelio según el cual el hablar cristiano debe ser: «“Sí, sí”, “No, no”; Todo lo que se dice de más, procede del Maligno.» (Mt 5,37). Las medias verdades, los discursos sutiles que buscan engañar al prójimo, las reticencias que ocultan las verdaderas intenciones, no son actitudes acordes con la justicia. La persona justa es recta, sencilla y directa, no usa máscaras, se presenta tal como es, dice la verdad. En sus labios se encuentra a menudo la palabra “gracias”: sabe que, por más que nos esforcemos para ser generosos, es-

tamos siempre en deuda con nuestro prójimo. Si amamos es también porque hemos sido amados primero.

En la tradición se pueden encontrar innumerables descripciones de la persona justa. Veamos algunas de ellas. La persona justa venera las leyes y las respeta, sabiendo que son una barrera que protege a los indefensos de la arrogancia de los poderosos. La persona justa no sólo se preocupa por su bienestar individual, sino que quiere el bien de toda la sociedad. Por eso, no cede a la tentación de pensar sólo en sí mismo y de ocuparse de sus propios asuntos, por legítimos que sean, como si fueran lo único que existe en el mundo. La virtud de la justicia evidencia –y pone la exigencia en el corazón– que no puede haber verdadero bien para mí si no hay también el bien de todos.

Por eso, la persona justa vigila su propio comportamiento para que no perjudique a los demás: si comete un error, pide perdón. La persona justa siempre pide disculpas. En algunas situaciones es capaz de sacrificar un bien personal para ponerlo a disposición de la comunidad. Desea una sociedad ordenada, en la que sean las personas las que den lustre a los cargos, y no los cargos los que den lustre a las personas. Aborrece el favoritismo y no comercia con favores. Ama la responsabilidad y es ejemplar viviendo y promoviendo la legalidad.

Además, el justo rehúye comportamientos nocivos como la calumnia, el falso testimonio, el fraude, la usura, la burla, la deshonestidad. El justo mantiene la palabra dada, devuelve lo que ha recibido prestado, reconoce un

salario justo a los trabajadores: la persona que no reconoce el justo salario a los trabajadores, no es justa, es injusta.

Nadie sabe si en nuestro mundo las personas justas son numerosas o escasas como perlas preciosas. Sin embargo, son personas que atraen gracia y bendiciones tanto sobre sí mismas como sobre el mundo en el que viven. Los justos no son moralistas que se erigen en censores, sino personas rectas que “tienen hambre y sed de justicia” (Mt 5,6), soñadores que custodian en su corazón el deseo de una fraternidad universal. Y de este sueño, especialmente hoy en día, todos tenemos una gran necesidad. Necesitamos ser hombres y mujeres justos, y esto nos hará felices.

Papa Francisco



«Dios, ¿dónde estabas en aquellos momentos aterradores en que la furia genocida de Netanyahu mató a 13 mil niños inocentes y a más de 80 mil personas y madres en la Franja de Gaza? ¿Por qué no interviniste, si podías hacerlo? Más de 500 mil casas, hospitales, escuelas, universidades, mezquitas e iglesias fueron arrasadas. ¿Por qué no detuviste ese brazo asesino? Tu querido hijo Jesús sació a cerca de cinco mil personas con hambre. ¿Por qué permites que cientos y cientos de personas mueran de sed y de hambre? ¿Dónde está tu piedad? ¿Estas víctimas no son también tus hijas e hijos especialmente queridos porque representan a tu Hijo crucificado?»



RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

<http://apostolado.org.ve/>

 [@aposvenezuela](https://www.instagram.com/aposvenezuela)

 [@aposvenezuela](https://twitter.com/aposvenezuela)

 www.facebook.com/apostoladovenezuela

E-mail: aporlacasta@hotmail.com

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am